

PERSPECTIVAS SOBRE LA INJERENCIA DE LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL (DSN) EN LA HISTORIA RECIENTE CHILENA (1973-2010)

JORGE CAMPOS T. (UNLP)

Egresado de las Universidades del Bío-Bío y de Santiago de Chile, Chile
Programa de Maestría en Historia y Memoria
Universidad Nacional de la Plata, Argentina
jorge.campos.tapia@gmail.com

Resumen:

Este artículo analiza algunas perspectivas o visiones que ha suscitado la injerencia de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) en la historia reciente de Chile. Tanto en un primer momento de reflexión, bajo el impulso inmediato de los trágicos acontecimientos durante las décadas de 1970 y 1980, como también de algunas visiones distanciadas temporalmente que reflexionan a partir del periodo transicional. En primer lugar –sin desconocer el papel de la DSN en América Latina– se hace un recorrido por el contexto mundial de guerra fría, por la política exterior norteamericana y la expansión de su dominio en el continente, específicamente en Chile. Finalmente se cuestionan algunos puntos en relación al papel fundamental que parte del quehacer reflexivo de izquierda ha otorgado a la DSN como elemento justificador o explicativo *per se* del golpe de Estado de 1973 y del terrorismo de Estado que caracterizó a la última dictadura militar en Chile.

Palabras Claves:

Doctrina de Seguridad Nacional - Guerra Fría - Chile - Golpe de Estado - Terrorismo de Estado - Dictadura Militar

Abstract:

This article analyzes some perspectives or visions that have raised the interference of National Security Doctrine in Chile's recent history. Therefore in a first time of reflection, under the immediate impulse of the tragic events during the decades of 1970 and 1980, as well some temporally distanced visions that reflect from the transitional period. In the first place -without prejudice the DSN's role in Latin America- a path is made by the world context of the cold war, for the northamerican foreign policy and the expansion of its domains in the continent, specifically in Chile. Finally some points of conflict are analyzed about the fundamental role from the reflexive task from the left has given to the DSN as a justifier or explicative element *per se* of the *coup d'état* in 1973 and of the state terrorism that characterized the last military dictatorship in Chile.

Key words:

National Security Doctrine - Cold War - Chile - *Coup d'Etat* - State Terrorism - Military Dictatorship

PERSPECTIVAS SOBRE LA INJERENCIA DE LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL (DSN) EN LA HISTORIA RECIENTE CHILENA (1973-2010)

JORGE CAMPOS T. (UNLP)

jorge.campos.tapia@gmail.com

Palabras preliminares

Cuando Marx escribe el prólogo a la segunda edición de su obra “*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*” (1869) comenta cómo el interés de su “malogrado” amigo José Weydemeyer por editar un semanario político con la historia del *coup d’etat* (golpe de Estado) terminó publicándose en una revista titulada *Die Revolution*, cuyo primer cuaderno estaba formado por su “Dieciocho Brumario”. Aclara que su obra nace bajo el impulso inmediato de los acontecimientos y que “entre las obras que trataban en la misma época del mismo tema, sólo dos son dignas de mención: *Napoleón le Petit*, de Víctor Hugo y *Coup d’Etat*, de Proudhon”¹. Ambas son obras del quehacer reflexivo que demuestran una heterogeneidad intelectual, recordemos que Víctor Hugo fue poeta y dramaturgo que destacó por su literatura, como también por su dotes políticos y por otra parte, Proudhon que fue uno de los padres del pensamiento anarquista. Y si tiene sentido “volver a Marx”, es porque me parece pertinente aclarar desde un principio que este trabajo, si bien propone discusiones historiográficas, no agota el análisis en la producción meramente historiográfica, por lo que considera relevante obras que vienen de otras disciplinas o producciones de menor rigor “científico” si así se prefiere.

De esta manera, parte importante de las obras escogidas se relacionan, casi de manera exclusiva, con la fase de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, las que emergen al interior de la misma clase política de la Unidad Popular o de actores ligados a ella, como lo es el caso de Luis Vitale², Jorge Tapia³, Joan Garcés⁴ o Armando Uribe⁵. Aquí confluye la heterogeneidad del quehacer reflexivo de izquierda, tanto de aquella izquierda que proponía la lucha armada como única vía para la toma del poder o de aquella izquierda reformista que

¹ Marx, Karl; *Antología*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014. Véase “*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*” (1869), pp. 101-199.

² Luis Vitale fue un historiador marxista, argentino-chileno que se desempeñó como intelectual y militante de izquierda, dirigente del POR (Partido Obrero Revolucionario) y considerado uno de los fundadores del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), partido del cual fue expulsado en 1969 junto a otros compañeros trotskistas. Tras el golpe militar fue detenido y torturado en diversos centros clandestinos hasta que en 1974 se exilió en Alemania.

³ Jorge Tapia fue profesor de Derecho Constitucional y Doctrinas Políticas en la Universidad de Chile y Ministro de Educación durante el gobierno de Salvador Allende. También se desempeñó como profesor de postgrado de la Facultad de Derecho de la Universidad del Zulia (Venezuela) y *visiting profesor* de la Universidad Erasmus, de Rotterdam (Holanda).

⁴ Joan Garcés es natural de Liria en Valencia, España. Profesor investigador titular de la Fondation Nationale de Sciences Politiques de París, y consultor permanente de las Naciones Unidas, fue asesor político del Presidente Salvador Allende.

⁵ Armando Uribe es un destacado poeta chileno de la generación literaria de 1950 y especialista en física nuclear. Ejerció la diplomacia trabajando en la embajada chilena en Estados Unidos (1968-1970) y en el gobierno de Salvador Allende fue nombrado embajador en China. Se exilió en Francia y en el año 2004 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura.

confiaba en una vía pacífica hacia socialismo⁶. Muchos de ellos escribieron desde la derrota vivida, desde el exilio o desde los centros clandestinos de detención y más allá de sus diferencias, hay un factor común que comparten a la hora de explicar las causales de la derrota, este es, el papel determinante de la injerencia norteamericana, la cual explicaría el trágico final de la UP y las especificidades del periodo dictatorial sin considerar otros antecedentes o factores endógenos igual de importantes. Por lo que el problema de investigación radica en la construcción de sentido que este relato reprodujo en un primer momento de reflexión, pareciendo agotar la discusión respecto a las causas de los sucesos traumáticos en nuestra historia reciente.

También se consideran algunas obras del periodo de la “transición” (considerándose los cuatro gobiernos de la Concertación 1990-2010) que vuelven hacia la injerencia norteamericana a partir de materiales desclasificados, tal es el caso de Peter Kornbluh o de Patricia Verdugo, quien recibiera el Premio Nacional de Periodismo en 1997. El anacronismo de las obras escogidas y su heterogeneidad responde a lo que se ha producido en Chile respecto al tema, pues si bien se conoce bastante respecto de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura militar en el periodo 1973-1990, se han elaborado pocos estudios significativos que permitan vincular estos episodios con la DSN de manera crítica y no como mero argumento de la derrota que vivió la “vía chilena al socialismo”.

Sin desconocer el papel de la DSN en América Latina y por sobre todo en Chile, el trabajo transitará por la experiencia de carácter global que se vivió una vez terminada la segunda guerra mundial. Hobsbawm describe que hubo un patrón que marcó la situación internacional de forma peculiar hasta la caída de la URSS y se caracterizó por el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la segunda guerra mundial, lo que se conoce hasta el día de hoy como “guerra fría”⁷. En síntesis, este periodo estuvo marcado por una “bipolaridad”, que enfrentó a Estados Unidos y la URSS, o en otras palabras al occidente cristiano y el oriente comunista. Bajo este contexto es que debemos circunscribir el nacimiento de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN).

Finalmente, a partir de ese recorrido podremos analizar su desarrollo, las consecuencias que trajo su injerencia en nuestro país y principalmente las “miradas” que nacieron bajo el impulso inmediato de la coyuntura política de los ‘70 y ‘80, como también, de aquellas que emergieron posteriormente a la dictadura militar, las cuales evidencian rupturas y continuidades en relación al papel que juega la DSN en los sucesos traumáticos de la historia reciente en Chile, lo que nos invita a construir conocimiento problematizando dichas miradas sin pretender una homogeneización que agote la discusión.

Estados Unidos: Política exterior y expansión de su dominio.

La política exterior de los Estados Unidos es fundamental para comprender los objetivos que se propusieron durante la guerra fría y como estos están directamente relacionados con Latinoamérica. Para encausar dichos objetivos sustentó sus esperanzas en nueva doctrina ligada a la geopolítica, con la cual “convencerían” a otros países de abrazar su ideología capitalista

⁶ Ricardo Yoselevsky hace eco en el conflicto ideológico entre reformistas y revolucionarios, aludiendo que una vez producida la derrota de la Unidad Popular los reformistas encontraron las causas de su derrota en la inmoralidad de sus enemigos, la derecha chilena, el gobierno de los Estados Unidos y en la acción irresponsable de la ultra-izquierda. Mientras que desde la izquierda revolucionaria la responsabilidad de la derrota recaía en los “reformistas” que condujeron el proceso y llevaron al pueblo a la derrota. Para profundizar en este análisis véase: Yoselevzky, Ricardo A., *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2002, cap. 2, pp. 69-103.

⁷ Hobsbawm, Eric; *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1999, [612], p. 230.

(consolidando un Occidente libre de la amenaza comunista), eje central en esta nueva fase de expansión sobre su dominio en América Latina y el Caribe. Así nace la Doctrina de Seguridad Nacional, al respecto Jorge Tapia señala que: “El crecimiento y desarrollo de la DSN en América Latina, así como en aquellos otros lugares en donde predomina la influencia norteamericana, puede atribuirse, en forma principal y directa, a las estrategias norteamericanas en materia de Guerra Fría”⁸. De su irrupción en el plano internacional, lo que más llama la atención es la forma en que asume la guerra fría, pues existe un cambio en la manera de ver la geopolítica como se apuntó anteriormente, y es que, de la guerra militar propia de la era de las catástrofes, se pasó a una visión de la guerra como “total y permanente”, que tendría como singularidad otra forma de enfrentamiento, pues:

“La lucha entre las dos superpotencias no consistía en una confrontación armada, directa, y dentro de sus propios territorios, sino en una batalla indirecta de naturaleza ideológica, realizada a través de sus eventuales aliados o enemigos, en el territorio de otras naciones y con armas no tradicionales. Lo que estaba sometido a prueba en esa guerra no era la capacidad ofensivo-defensiva de los sofisticados armamentos de ambos Estados, sino su potencialidad sustantiva y técnica para convencer a otros pueblos del mérito y valor de sus respectivas ideologías y doctrinas.”⁹

Ahora lo que importa vislumbrar son los mecanismos que utilizan los responsables de la política exterior norteamericana y el nivel de injerencia que alcanzó en los países a los que quería convencer, o mejor dicho, imponer su lógica capitalista. En palabras de Briones, la DSN asumiría la guerra fría en el campo económico, financiero, político, psicológico, científico y tecnológico¹⁰. No solo tuvo implicancias en lo militar propiamente tal y esto es lo relevante a la hora de comprender la política exterior de la administración norteamericana, la cual no estuvo libre de modificaciones durante el periodo previo y atingente a la coyuntura chilena de los setenta. Fue así, que a la hora de formular la política externa que Estados Unidos llevaría a cabo para relacionarse con los países de América Latina y el Caribe, esta fue variando, sobre todo en lo que respecta a la política de reconocimiento, tal como podemos observar al analizar la administración de Kennedy (1961-1963), Johnson (1963-1969) y Nixon (1969-1974). No es la intención de este trabajo profundizar cada administración *in extenso*, sino más bien hacer algunos alcances sobre la política internacional y las mutaciones que esta tuvo para América Latina. Para ello tomo la hipótesis de trabajo de un insigne historiador marxista, Luis Vitale, quien en su obra *¿Y después del 4, qué? Perspectivas de Chile después de las elecciones presidenciales (1970)*¹¹, analiza la política del imperialismo yanqui para América Latina y el papel de los militares, sosteniendo que a la hora del triunfo en la elección presidencial del setenta, la administración Nixon y el Departamento de Estado Norteamericano, “si bien mantiene su estrategia de colonización de América Latina, no ha definido claramente su táctica”. Por lo que Vitale se pregunta si la administración Nixon para América Latina ¿es de tipo “kennedyana”? o ¿“johnsoniana”? De tipo kennedyana no podría ser ya que la situación económica no permite recrear una nueva “Alianza para el Progreso” y la variante “johnsoniana” tampoco aparece de forma clara, “ya que Nixon no se ha decidido, como lo hizo Johnson, a alentar indiscriminadamente golpes militares gorilas tipo Brasil, Argentina, Centroamérica, etc.” Al percatarse que la administración Nixon no es ni “kennedyana” ni “johnsoniana”, el autor elabora la siguiente hipótesis:

⁸ Tapia, Jorge; *Terrorismo de Estado. La Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*, México, Editorial Nueva Imagen, 1980, [284], p., 30.

⁹ Tapia, op.cit., p. 43

¹⁰ Briones, Álvaro; *Economía Política del Fascismo Dependiente*, México, Siglo XXI, 1978, p. 305.

¹¹ Vitale, Luis; *¿Y después del 4, qué? Perspectivas de Chile después de las elecciones presidenciales (1970)*, Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1970.

“La administración Nixon, y con mayor precisión el Departamento de Estado y el Pentágono, han planteado una política para América Latina que aceptaría formalmente la apariencia de diversas manifestaciones exteriores de gobiernos que podrían ir de la "democracia representativa" a Juntas Militares "a la peruana", incluyendo también a dictaduras gorilas y gobiernos reformistas burgueses, siempre y cuando cualesquiera de estas formas de gobierno garanticen el carácter del Estado, de sus instituciones y, fundamentalmente, del Ejército burgués.”¹²

En esta hipótesis lo que resalta es la importancia que otorga al ejército, y es que para implementar la DSN en América Latina y poder convencer a sus vecinos de abrazar la lógica capitalista, Estados Unidos se valió de diversos mecanismos o instrumentos que tuvieron que ver, principalmente, con el desarrollo militar y su adoctrinamiento. La creación de la Escuela Militar de las Américas en 1946 (*US Army School of the Americas, USARSA*), ubicada en Ford Gulick, zona del Canal de Panamá, es un claro ejemplo. Justamente allí, realizaría sus estudios de postgrado el general Manuel Contreras, quien a través de su cargo de jefe de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), incurriría en las más aberrantes violaciones a los derechos humanos en Chile, por lo que fue condenado a cadena perpetua. Según Alain Joxe (1970), “Chile aparece como uno de los principales beneficiarios del programa de entrenamiento militar dado por Estados Unidos. Entre 1950 y 1965 se entrenaron en ese país 2.064 militares chilenos y 549 fuera de Estados Unidos”.¹³ Pero lo que marca mayores diferencias de la administración Nixon con sus predecesores, apunta Vitale, es que:

“Su política, tendiente a garantizar el cumplimiento de su plan de colonización sin una aparente intervención, consiste básicamente en el control total y absoluto de las Fuerzas Armadas de cada país latinoamericano. No se trata ya del tradicional control de lustros anteriores, no sólo del entrenamiento de los militares latinoamericanos en Panamá, sino también de un control ideológico y político de los altos mandos de las Fuerzas Armadas.”¹⁴

Fue mediante esta estrategia que Estados Unidos fue pavimentando el control sobre la mayoría de los países latinoamericanos. Terminar con la amenaza comunista y la subversión del “enemigo interno”, era fundamental para los objetivos imperialistas, por ende el mejor remedio era otorgar todas las garantías a las fuerzas armadas, ya que ellas eran las idóneas para conducir el(los) Estado(s) y afianzar la seguridad nacional.

El largo camino de la DSN en Chile

Luego de este recorrido por la situación mundial y el contexto norteamericano, hemos llegado al análisis particular del caso chileno, de sus actores civiles y armados y de cómo estas han sido mediados por Estados Unidos en ciertos aspectos. Sería a finales de la década de 1940, cuando la intrusión norteamericana de la administración Truman, alentara a Gabriel González Videla para que aprobara la Ley de Defensa de la Democracia –conocida como “Ley Maldita”- la que terminó por proscribir al Partido Comunista y por otra parte, otorgar a los militares la capacidad para intervenir en cualquier problema de seguridad interior.

“Sería exagerado describir esta situación como un primer e importante paso en la autonomización de las Fuerzas Armadas como actor político, puesto que la operatoria del

¹² Vitale, op.cit., p. 27

¹³ Véase Joxe, Alain; *Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1970, p. 101.

¹⁴ Vitale, op.cit., p. 27.

conjunto del sistema institucional convierte a los jefes militares en delegados del gobierno central en las respectivas zonas de emergencia. Sin embargo, no cabe duda que por primera vez desde la restauración de la democracia liberal, las Fuerzas Armadas adquieren un rol de tanta significación en la mantención del orden interno.”¹⁵

Un par de años después, durante el segundo gobierno del General Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), se seguiría por esta senda, en que las fuerzas armadas tienen mayor injerencia en los problemas civiles. Es así como “comienzan un lento pero persistente proceso de ‘invasión’ de la vida civil. Proceso [que] es favorecido durante toda la administración de Ibáñez...”¹⁶ Durante este periodo también habrá otros cambios al interior de las Fuerzas Armadas, la tendencia “nacionalista” en algunos sectores comenzó a presionar al gobierno de Ibáñez, lo que quedó al descubierto con el grupo PUMAS y Línea Recta, pese a ello no tuvieron mayor trascendencia debido a que sus postulados eran, en cierta medida, contrarios a los intereses norteamericanos, que para aquel entonces estaban bien interiorizados en amplios sectores.

Ya en los años ‘60 la política norteamericana buscaba convertir a Chile en un modelo progresista, que en cierta medida fuera más atractivo que el amenazante modelo de la revolución cubana. Para ello hicieron uso de su poder económico, apoyando a la Democracia Cristiana mediante préstamos financieros para el gobierno de Eduardo Frei Montalva¹⁷, consolidando una política de inversión sobre todo en el ámbito de la industria¹⁸. Esta sería la política económica del “desarrollismo”, traducida en una especie de nuevo “pacto social”, comandado por la administración Kennedy mediante la “Alianza para el Progreso”, la cual tuvo una lectura positiva al interior de amplios sectores políticos y militares.

Por su parte, al interior de las Fuerzas Armadas, se dio una doble lectura de la DSN, algunos creían que los conflictos sociales de la época podían ser solucionados a través de modificaciones profundas a la estructura económica y social (progresistas y desarrollistas), otros, estaban más influenciados por la lucha doctrinaria, es decir, la lucha contra el comunismo, el cáncer marxista y el enemigo interno, por lo que el carácter represivo se erguía como primordial¹⁹. “Desde 1967 se había visto un proceso de malestar en las filas, que estalló en el ‘tacnazo’, el 21 de octubre de 1969. Todavía no se alcanzaba a crear una ‘cultura golpista’, pero no se podía decir que las cosas estaban como a comienzos de los sesenta”²⁰. Para aquel entonces, la idea del golpe iba tomando

¹⁵ Frühling, Hugo; Portales, Carlos y Varas, Augusto, *Estado y Fuerzas Armadas*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO, 1982, p. 44.

¹⁶ Frühling, *et alii*, p. 69

¹⁷ La Comisión Church logró establecer que la CIA entregó al menos tres millones de dólares (dólares del año 64) para la campaña presidencial del demócratacristiano (...), sin que el candidato se enterara del monto y el origen de los fondos. “El candidato Frei no fue informado de esta asistencia”, dice textualmente el informe oficial. Objetivo: impedir el triunfo de Salvador Allende. El informe final de la Comisión Church dio a luz en 1975, bajo el título: “Acciones encubiertas en Chile 1963-1973”. Citado del libro de Verdugo, Patricia; *Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia, 2008, p. 30.

¹⁸ “El economista Ernest Mandel pone en evidencia cómo la lógica de la ganancia capitalista y las leyes a la que ella obedece han determinado poco a poco la forma de las relaciones que las metrópolis mantienen con sus colonias y semicolonias”. Véase Ernest Mandel (1972), “*Le troisième âge du capitalisme*” Paris, Unión Générale des Editions, tomo I, p. 100 y sig.; tomo II, pp. 239 y sig. Citado de: Guillaudat, Patrick y Mouterde, Pierre; *Los movimientos sociales en Chile (1973-1993)*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1998, p. 31.

¹⁹ Aunque habría que considerar las palabras de Verónica Valdivia sobre la guerra total contra el marxismo, en donde afirma que esta: “Era una guerra por las mentes de la población, objetivo que requería de luchas en distintos frentes: represivos, pero especialmente económicos y sociales”. Véase en: Valdivia, Verónica; “¡Estamos en guerra, señores!“. El régimen militar de Pinochet y el ‘pueblo’, 1973-1980”, *Revista Historia*, Vol. I, N° 43, 2010, Santiago de Chile, p. 177.

²⁰ Fermandois, Joaquín; “La persistencia del mito: Chile en el huracán de la guerra fría”, *Estudios Públicos*, N° 92, 2003, Santiago de Chile, p. 16.

fuerza en amplios sectores, tanto civiles como militares. Un ejemplo de ello, es el papel que jugó la Democracia Cristiana (su vertiente de derecha), actuando como puente entre el Departamento de Estado norteamericano y los altos mandos de las Fuerzas Armadas chilenas.

4 de septiembre de 1970: La histeria norteamericana

Aquel fue el día en que la “vía electoral” triunfó. Un triunfo político-social de los trabajadores, estudiantes, pobladores y en definitiva, de las clases populares que confiaron en la candidatura de Salvador Allende y en el programa de la Unidad Popular. Sin embargo, esta victoria no sólo traería cambios importantes a nivel nacional, sino también en el ámbito internacional, específicamente en la administración norteamericana. Su preocupación era evidente, más cuando estaba en peligro su hegemonía política, amenazada por una larga y delgada franja de tierra en el sur-pacífico del Abya Yala, desde la cual se levantaba un modelo revolucionario, que sin incurrir en la vía armada (como mecanismo para la obtención del poder), logró un triunfo político mediante las urnas. Fue así, que la “vía chilena al socialismo” se convirtió en la gran preocupación del imperialismo norteamericano.

A medida que el gobierno fue cumpliendo el Programa de la Unidad Popular el escenario político fue cambiando, las estrategias utilizadas por los sectores de oposición generaban un clima de tensión, que en cierta medida advertía lo que llegaría a pasar. Luis Vitale -3 años antes del golpe- cuenta sobre ciertos temores y precauciones que se debían tomar para la continuidad del gobierno popular, específicamente, sobre la amenaza de un golpe de Estado que preparaba la CIA en contubernio con la derecha y sectores militares de tendencia golpista como la que lideraba el general Viaux. Para aquel entonces, afirmaba lo siguiente:

“Todo grupo marxista revolucionario que no tome en cuenta el nuevo papel que jugarán las Fuerzas Armadas, como parte de la actual táctica del imperialismo yanqui para América Latina, será juguete de los acontecimientos, al no comprender el significado de cada paso de las Fuerzas Armadas y su relación con los políticos y el desarrollo económico y social.”²¹

La DSN seguía operando mediante las acciones encubiertas de la CIA, tanto el ámbito civil como militar, teniendo como mayor preocupación el que Allende fuera ratificado por el Congreso chileno el 24 de octubre. En ese contexto se inserta el Proyecto FUBELT –nombre clave para las operaciones encubiertas que tenían por objetivo impedir que Allende llegara al poder o en su defecto, deponerlo- el cual buscó, mediante el plan llamado “Track I”, consumir una “solución parlamentaria” que imposibilitara el ascenso de Allende a la presidencia. Pero una vez fracasado este plan, se alzaría el “Track II” mediante las órdenes de Nixon para fomentar -por todos los medios posibles- un golpe de Estado²². Gracias a estos archivos desclasificados hoy tenemos

²¹ Vitale; op.cit., p. 31.

²² “La distinción histórica entre el Track I y el Track II –la primera solución favorecería un camino constitucional mientras que la segunda proponía un golpe militar para bloquear a Allende- es imprecisa. Track I fue evolucionando tan rápidamente que también llegó a adoptar la idea de una intervención militar; lo que el subdirector de acciones encubiertas Tom Karamessines llamó ‘un golpe militar silencioso y ojalá sin violencia’. En un telegrama del 21 de septiembre que trataba sobre ambos planes el director de la fuerza de tarea de la CIA informó al jefe de la oficina de la agencia de Santiago que el ‘objetivo del ejercicio es impedir que Allende llegue al poder. El *juego de manos* parlamentario ha sido descartado. La solución militar es el objetivo’. La principal diferencia entre ambos enfoques radicaba en que Track I requería de la participación de Frei, e implicaba que el embajador Korry presionara al Presidente para que éste diera una señal de beneplácito a los militares chilenos. Track II, en cambio, tenía como objetivos identificar a cualquier oficial chileno, en servicio activo o en retiro, dispuesto a liderar un golpe militar violento, y proporcionar todo incentivo, fundamento, dirección, coordinación, equipo y financiamiento necesarios para provocar con éxito el derrocamiento de la democracia chilena”. Véase: Kornbluh, Peter; *Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Una historia desclasificada*, Chile, Ediciones B, 2003, [224], p. 31-39.

nociones mucho más claras sobre el papel que jugó Estados Unidos en la creación del ambiente golpista y posteriormente en el desarrollo mismo de la dictadura militar. Kornbluh afirma que los tres ejes que sustentarían la creación del ambiente golpista serían: la guerra económica, la guerra política y la guerra psicológica.²³ En resumidas cuentas estos tres ejes confluyen en un mismo propósito, en el ámbito económico hubo presiones externas que buscaban arruinar la economía chilena y por otra parte, existió financiamiento de la oposición, de partidos políticos como la Democracia Cristiana (DC), el Partido Nacional (PN) y el grupo paramilitar de extrema derecha llamado “Frente Nacionalista Patria y Libertad”, como también de medios de comunicación que impulsarían la guerra psicológica, como es el caso del diario “El Mercurio”²⁴ y su clima periodístico de “guerrilla”. Por otra parte, políticamente se impulsaron variadas acciones encubiertas, sobre todo para hacer confluir a los partidos de oposición en un solo frente, esto se traduce en unir la DC y el PN, lo que en gran parte se lograría producto de las repercusiones políticas que generó el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic en 1971, en donde se produce una escisión al interior del partido demócrata cristiano, quedando una vertiente más derechista -a la que se sumó gran parte del PN- y por otra parte, una vertiente más ligada a la izquierda, de allí la gestación del “Partido Izquierda Cristiana de Chile” (IC).

Golpe de Estado, dictadura y terrorismo de Estado: reflexiones a partir de la DSN

Ahora bien, el punto en cuestión y que atraviesa este trabajo, es otorgar una mirada amplia sobre la injerencia de EE.UU y la DSN, como también de las miradas y posturas que explican este fenómeno para el caso chileno. No se trata de otorgar cuotas porcentuales a los fenómenos y circunstancias que conllevaron al golpe de Estado de 1973, lo que sí es fundamental, es dar cuenta de la multiplicidad de factores (internos y externos) que confluyeron en la coyuntura política de aquellos años.

Para el caso específico de la influencia norteamericana en Chile y la injerencia que alcanzó la DSN en nuestro país, existe una visión convencional por parte de muchos autores, en que dicho fenómeno explicaría *per se* el golpe de Estado y el “terrorismo de Estado” propio de la dictadura militar²⁵. Y es que en este caso, el contexto internacional y principalmente el poderío norteamericano explicaría gran parte de los hechos mundiales, y cómo no, de la realidad

²³ Kornbluh, op.cit., p. 40.

²⁴ “Según sus propios archivos, para la CIA la operación encubierta que desempeñó un ‘papel significativo’ en provocar el golpe fue el financiamiento clandestino del ‘proyecto *El Mercurio*’. Durante la década de los sesenta, la CIA destinó fondos al más importante periódico chileno, el derechista *El Mercurio*, colocando reporteros y editores en su nómina de pagos, redactando artículos y columnas para su publicación, y proporcionando fondos adicionales para otros gastos operativos. Después de que su propietario, Agustín Edwards, fuera a Washington en septiembre de 1970 para hacer *lobby* ante Nixon a favor de acciones en contra Allende, la CIA usó *El Mercurio* como un medio de difusión clave para las masivas campañas de propaganda que formaron parte de Track I y Track II.” Véase a Kornbluh, op.cit., pp. 92-97; véase también el documental de Ignacio Agüero, *El Diario de Agustín*, Chile, 2008, galardonado con el Premio Altazor de las Artes Nacionales 2009.

²⁵ Tapia, Jorge; *Terrorismo de Estado. La Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*, México, Editorial Nueva Imagen, 1980; Garcés, Joan; *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, Barcelona, Editorial Ariel, 1976; Verdugo, Patricia; *Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia, 2008; Kornbluh, Peter; *Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Una historia desclasificada*, Santiago de Chile, Ediciones B, 2003; Uribe, Armando; *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile*, México, Siglo XXI, 1976; Vicaría de la Solidaridad, *Dos ensayos sobre Seguridad Nacional*, Arzobispado de Santiago, 1979; Chateau, Jorge; *Seguridad Nacional y guerra antisubversiva*, Santiago de Chile, FLACSO, 1983; Monsálvez, Dany; “Discurso y legitimidad: La Doctrina de Seguridad Nacional como argumento legitimatorio del golpe de Estado de 1973 en Chile”, *Revista Derecho y Ciencias Sociales*, N° 7, 2012, UNLP, Argentina; Padilla, Elías; *La memoria y el olvido. Detenidos Desaparecidos en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones Orígenes, 1995; entre otros.

latinoamericana. Las palabras de Jorge Tapia al explicar la aparición de regímenes militares en el continente son muy elocuentes al respecto, y es que: “Bajo el patrocinio de la llamada ‘Doctrina de la Seguridad Nacional’ (DSN) y mezclado con claros tonos fascistas, el Estado Militar ha aparecido en muchos países del Tercer Mundo en general, y en América del Sur en particular”²⁶. El mismo autor agrega que:

“El militarismo de la DSN se presenta como de naturaleza “restaurativa”, acometiendo una empresa contrarrevolucionaria que compromete a toda la institución militar, erigida como única élite política y con la pretensión de apoderarse no sólo del gobierno, sino del Estado y de la sociedad misma, de manera permanente, para restaurar las condiciones de las cuales dependerían el desarrollo y la seguridad nacionales.”²⁷

Pero el éxito de la DSN no podría haber sido tal sin el apoyo de otros actores fundamentales, como lo fueron las Fuerzas Armadas. Por lo que otros estudios historiográficos, centraron su preocupación de análisis en el carácter reaccionario que ha acompañado por larga data a este poder fáctico. Ya desde los años ‘70 en adelante se fue forjando esta concepción de los hechos, buscando romper el mito civilista y constitucionalista de las fuerzas armadas. Aunados estos dos factores, el golpe de Estado se produciría inevitablemente en nuestro país. Armando Uribe, en su obra *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile* hace referencia a las causas del golpe de Estado afirmando lo siguiente:

“Dos causas eficientes se conjugaron para este efecto: el gobierno de los Estados Unidos de América y las Fuerzas Armadas traidoras de Chile. Sin la actuación conjunta de cada uno de estos dos factores, el golpe de Estado no se habría producido y el jefe del Estado no habría muerto”.²⁸

Para esta visión el caso chileno se entiende como parte integral de la estrategia global norteamericana. En palabras de Joan Garcés el golpe de 1973 se sitúa dentro de la línea operativa aplicada por Estados Unidos desde 1961 a la defensa hemisférica: instrumentar a las instituciones militares como fuerzas de orden interno y conservación social²⁹. Y el mismo autor sostiene que “el factor más importante entre las causas del golpe fue la voluntad decidida de la Administración Nixon de castigar a un país que se sentía libre dentro de sus propias fronteras.”³⁰

Sin duda esta es una visión conformista o muy limitada, porque pondera un lugar central a todas esas acciones antes descritas -llevadas a cabo con incentivo y respaldo norteamericano- como elementos y factores fundamentales del “clima golpista”. Sin duda contribuyeron enormemente a la desestabilización del país, pero no justifica que se evalúen los hechos con tintes de simplismo, ya que, otorgar a la influencia norteamericana toda la responsabilidad sobre la caída de Allende y de la UP es un despropósito. En sus análisis desconocen, o más bien ignoran, ciertos aspectos “internos”, como el sistema partidista y la institucionalidad; desde el ámbito foucaultiano no consideran los “espacios” (heterotopías) fundamentales en que se ejerce el poder, como por ejemplo la disputa por el espacio público y la violencia política de las manifestaciones callejeras; el

²⁶ Tapia, op.cit., p. 24.

²⁷ Tapia; op.cit., p. 37.

²⁸ Uribe, Armando; *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile*, México, Siglo XXI, 1976.

²⁹ Garcés, Joan; (1976), *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, “II. El plan ITT-CIA-FREI de 1970”, recopilado en el libro *La intervención de Estados Unidos en Chile*, Santiago de Chile, Editorial 30 años, Colección Allende Vive, 2003, p. 13. Véase la última edición, en Garcés, Joan; *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, España, Editorial Siglo XXI, 2013.

³⁰ *La Vanguardia*, 11 de septiembre de 1993. Citado de Amorós, Mario; *Chile, la berida abierta*, Editado por REBELIÓN en internet, 2001. Este libro sería publicado por la Editorial CESOC, pero fue censurado por el presidente de la Editorial, el senador socialista José Antonio Viera-Gallo, por lo que finalmente fue publicado vía online. Véase en: <http://www.rebelion.org/docs/5297.pdf>

papel que jugaron cierto actores como las mujeres de oposición y sus “marchas de cacerolas vacías”, el accionar del “gremialismo”; las disputas al interior de la misma izquierda entre “revolucionarios” -partidarios de una “revolución desde abajo”- y “reformistas”, partidarios de una “revolución desde arriba”; las transformaciones de las elites, los grupos medios y el mundo de las “clases populares” que caracterizan las relaciones interpersonales de la sociedad chilena; por citar algunos ejemplos endógenos³¹.

Otra perspectiva interesante sobre la DSN en Chile, ha sido el imaginario colectivo que atribuye a esta doctrina la explicación de un fenómeno poco discutido como categoría analítica, me refiero al “terrorismo de Estado”. Para nadie es nuevo que América Latina experimentó dictaduras militares en sus diversas latitudes durante la segunda mitad del siglo XX, las que en un principio se diferenciaron de las dictaduras que algunos países vivieron con anterioridad. Fue así como se dio cuenta de algo “nuevo”, diferente y sistemático para negar al “otro” su condición humana. Por consiguiente, este fenómeno “nuevo” llamado terrorismo de Estado, se explicaría en gran parte por la Doctrina de Seguridad Nacional y su relación con las FF.AA. Alianza que entre sus objetivos principales, no sólo buscaba la aniquilación del enemigo interno mediante diversos mecanismos como la implementación de Centros Clandestinos de Detención y la desaparición forzada de personas, sino también, planes ambiciosos de refundar la(s) Nación(es). Jorge Tapia al explicar el protagonismo de los militares durante el “terrorismo de Estado”, se sorprende precisamente del *modus operandi*³² que caracterizó a este fenómeno, para él:

“No es una novedad, por cierto, la intervención de los militares en política, y ni siquiera lo es la concepción de los militares como una fuerza política de desarrollo y cambio. Lo peculiar y diferente es el uso y abuso de la fuerza militar y la intensificación de la intervención militar en los procesos políticos regulares, sobre la base de una doctrina política más o menos coherente y con pretensiones de universalidad e internacionalidad.”³³

³¹ Véase a modo de ejemplo: Valenzuela, Arturo; *El quiebre de la democracia en Chile*, Chile, FLACSO, 1978. Para el autor el quiebre como tal fue mayormente producto de la erosión del centro pragmático y de la incapacidad de las fuerzas centristas de prever las consecuencias desastrosas que traería la alternativa de un régimen autoritario represivo.; Winn, Peter; *Tejedores de revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Traducción de Verónica Huerta y Paula Salazar, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2004; Palieraki, Eugenia; “Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la unidad popular (1970-1973)”, *Pensamiento crítico. Revista electrónica de Historia*, N° 3, 2000, Chile; Yoselevsky, Ricardo; *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2002; Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2012. Los autores hacen un recorrido por la violencia política que marca al país previo al golpe y la dictadura, dando cuenta de un fenómeno de largo aliento que caracterizaría las relaciones sociales entre las clases dominantes y las clases populares, dicha relación transitaría entre “el paternalismo y el miedo”, tratando de “civilizar” al pueblo por un lado, y por el otro, irguiendo el “terror” como péndulo. Por un lado del péndulo el terror de la propia elite a la furia popular, y por el otro, el terror como instrumento represivo ejercido por las propias elites, y es que como bien dice Salazar, el terror represivo siempre ha estado latente a pocos centímetros de la superficie social y que “entre tratar al ‘otro’ popular mediante el paternalismo o la represión, nuestras elites han tendido a sentirse históricamente más cómodas depositando su confianza en la segunda”, p. 55; para una análisis más exhaustivo véase a Salazar, Gabriel; *Violencia política popular en las grandes alamedas. La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2000; entre otros.

³² Interesante al respecto es la propuesta de Bayer, Borón, y Gambina en su estudio sobre el terrorismo de Estado en Argentina, allí sostienen: “Queremos enfatizar que el *modus operandi* del Terrorismo de Estado es el ejercicio de la violencia -a través de la represión, el secuestro, la desaparición, la tortura física o psicológica, el asesinato- por parte de las instituciones públicas.” Entendiendo que la administración de la violencia por parte de la burocracia estatal se presenta de diferentes formas y que en ese sentido, el “terrorismo de Estado” se sustenta en la institución estatal, distinguiéndola de otras formas de violencia política, que aquí no fueron objetivo de análisis”. Véase en: Bayer, Osvaldo; Borón, Atilio y Gambina, Julio; *El Terrorismo de Estado en la Argentina: Apuntes sobre su historia y sus consecuencias. El otro en el discurso político argentino*, Buenos Aires, Instituto Espacio para la Memoria, 2011, p.19:

³³ Tapia op.cit., p. 25.

Jorge Arrate y Eduardo Rojas en su escrito *Memoria de la izquierda chilena* también se inscriben en esta visión de los hechos, en sus palabras, el país ha conocido otrora el totalitarismo y la tiranía, pero nunca el “terrorismo de Estado”, ni la violencia y crueldad sistemáticas ejercidas por la autoridad.³⁴

El tema central es ¿Qué entendemos por terrorismo de Estado? y que revisión ha tenido por el quehacer reflexivo de izquierda. Sin duda es una respuesta que no goza de consenso y a la cual es difícil de llegar por la falta de bibliografía y de un debate historiográfico que promueva el análisis de la categoría propiamente tal. Más allá de la visión tradicional, han surgido otros relatos que orientan el análisis hacia una revisión epistemológica³⁵. En esa lógica, mi entendimiento del terrorismo de Estado -tomando a Bayer, et al.- se circunscribe a la administración de la violencia por quienes detentan el poder y la institucionalidad, la cual siempre proviene de la burocracia estatal, distinguiéndola de otras formas de violencia política. Entonces, ¿Por qué enclaustramos la categoría a la temporalidad específica de la última dictadura (1973-1990)? ¿Es acaso el terrorismo de Estado un relámpago que cayó sobre nuestros países latinoamericanos de un día para otro y que de la misma forma dejó de subsistir en nuestras sociedades? Conuerdo plenamente en que nuestro país fue testigo de una brutalidad que marcó ondas diferencias en cuanto al método o al *modus operandi* con que se ejerció la violencia por parte del Estado en la última dictadura. Por otra parte, no considero que el terror, como instrumento represivo, sea algo nuevo en nuestra historia o que haya desaparecido una vez terminada la dictadura, más bien considero que es un arma escondida, soterrada, pero siempre disponible a ser utilizada por las clases dominantes y que su utilización es variable en cuanto al método o *modus operandi* acorde al contexto. En ese sentido, es fundamental, dar cuenta de las pre-figuraciones y continuidades que presenta la perversa apuesta estatal, puesto que hoy también somos testigos de la represión, la criminalización, la persecución, los montajes y en definitiva de la naturalización que persiste en las clases dominantes por visualizar a las clases populares como el “enemigo interno” a combatir.³⁶

Otro punto a considerar es la indeterminación histórica entre golpe de Estado y dictadura (como régimen político), esto se explica al no existir una relación mecánica entre lo que representa el golpe como proyecto inicial y lo que pasará después en su proceso. En simples palabras, no están condicionadas las formas que tome el régimen político según el golpe de Estado. Un ejemplo de ello es la dictadura de Brasil en 1964, la cual que se caracterizó por ser más institucionalizada y

³⁴ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo; *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000)*, Santiago de Chile, Ediciones B, 2003, [549], p. 174.

³⁵ Campos, Jorge; “¿Cómo pensar el terrorismo de Estado en el Chile actual? Una propuesta teórico-epistemológica”, *Revista Debates Urgentes*, Centro de Estudios para el Cambio Social, Numero 4, Año 3, Argentina, 2014, pp. 131-153.

³⁶ Si bien la bibliografía sobre la categoría analítica “terrorismo de Estado” es muy precaria aun, creo que del caso argentino se pueden obtener algunas reflexiones interesantes al respecto. Algunas lecturas que me han llamado profundamente la atención son las de: Pittaluga, Roberto; “El pasado reciente argentino: interrogaciones en torno a dos problemáticas”, en: Bohoslavsky, Ernesto; Franco, Marina; Iglesias, Mariana; y Lvovich, Daniel (compiladores), *Problemas de historia reciente del Cono Sur (Vol. 1)*, Buenos Aires, Prometeo, 2011; Bilsky, Edgardo; *La semana trágica*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2011; el libro ya citado de Bayer, Osvaldo; Et. Al., es un valioso aporte al analizar la categoría en perspectiva histórica intentando ampliar el marco de comprensión sobre la apoteosis del terror durante la última dictadura. Para el caso chileno, la discusión analítica de la categoría es casi inexistente, pero se pueden obtener reflexiones interesantes de algunas lecturas, tal es el caso de Binder, Nicolás; *La vida breve de José Huenante, historia del primer detenido desaparecido en democracia*, Ediciones Ceibo y Universidad de Chile, 2013; Rosas, Pedro; *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004*, Sobradsyn Editores, Coyhaique, Chile, 2009; Grez, Sergio; “La guerra preventiva: Escuela Santa María de Iquique. La razones del poder”, *Revista Patrimonio Cultural*, N° 45 (Año XII), Santiago de Chile, 2007. Véase también a: Kol, Héctor; “El terrorismo de Estado en Chile contra el Pueblo mapuche”, en: periódico *El Ciudadano*, 4 de junio de 2008; Correa, Martín y Mella, Eduardo; *Las razones del illkun/enjo. Memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco*, LOM, Santiago de Chile, 2010.

generar una “ficción democrática”, lo cual logró al mantener el congreso abierto, los partidos políticos y las elecciones, además de asumir la cara legal del régimen en la figura de diversos presidentes. La dictadura se presenta como un “todo coherente” o una “utopía autoritaria” en que las Fuerzas Armadas están por sobre otros actores sociales y en contraposición a los postulados de la DSN³⁷.

Para el caso chileno esta indeterminación histórica es muy bien graficada por los estudios de Verónica Valdivia sobre los militares y las disputas al interior de sus filas producto de visiones disímiles a la hora de coordinar el ordenamiento socio-económico del país una vez perpetrado el golpe de Estado. La autora considera varios antecedentes que caracterizan ideológicamente a las fuerzas armadas chilenas desde principios del siglo XX y que proyectan líneas de continuidad a lo largo de dicho siglo. En palabras de Joaquín Fernandois: “Pone énfasis en la tradición ‘ibañista’, heredera del movimiento militar de 1924, que creía que la mejor manera de combatir a los movimientos revolucionarios era por medio de reformas sociales; y apoyaba en general las bases del ‘Estado de compromiso’, entusiasmados con el ‘desarrollo’ como base del ‘poder nacional’”³⁸. En ese sentido, ya en las primeras décadas del siglo XX las Fuerzas Armadas chilenas estaban viviendo cambios profundos en sus relaciones de tipo civil/militar, sobre todo los altos mandos que comenzarían a consolidar una postura respaldada en la verticalidad. Por ende, las Fuerzas Armadas chilenas no pueden ser consideradas como totalmente transformadas por los cambios doctrinarios post segunda guerra mundial, en específico por la labor de la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por Estados Unidos. He aquí una ruptura en la manera de enfrentar el estudio castrense y el papel de dichos actores en la realidad nacional, más allá de cualquier factor externo.

Pero una vez producido el golpe de Estado, la dictadura militar tomaría una naturaleza personalista –en contraposición al caso brasileño– que se explicaría por la emergencia como líder que tuvo el general Pinochet³⁹. Fue un proceso de personalización que duró por lo menos cinco años, que se caracterizó por la pugna ideológica entre Leigh y Pinochet, en donde el primero representaba una postura más fastizoide, verticalista y corporativista, pero que no perduraría luego de la Consulta Nacional de 1978 y de su expulsión de la Junta de Gobierno ese mismo año. Lo central es que para la autora recién ahí hace ingreso la DSN, la que considera no solo represiva sino que comprendía a un vasto plan de desarrollo nacional. Por lo que el triunfo de Pinochet se tradujo en abrazar el objetivo “neoliberal” y así legitimar el poder del régimen.

“Entendiendo que la política de seguridad nacional persigue la consecución de los objetivos nacionales, acrecentando el poder nacional, queda clara la relación entre seguridad y desarrollo económico-social, toda vez que el poder de una nación no comprende solo a las Fuerzas Armadas sino también el de su potencial económico, su armonía social y la estabilidad política.”⁴⁰

³⁷ Véase a Fico, Carlos; “A ditadura mostra a sua cara: imagens e memórias do período 1964-1985”, Ponencia en el congreso *The Cultures of Dictatorship: Historical Reflections on the Brazilian Golpe 1964*, University of Maryland, octubre de 2004, o “Versões e controvérsias sobre 1964 e a ditadura militar”, en *Revista Brasileira de História*, Vol. 24, N°47, Sao Paulo, 2004; Souza, Ricardo; “Antireformismo e a questão social no Brasil: o golpe de 1964”, en Freixo, Adriano de y Oswaldo Munteal Filho, *A ditadura em debate: Estado e Sociedade nos anos do autoritarismo*, Rio de Janeiro, LPPE, 2005, pp. 33-78, entre otros.

³⁸ Fernandois, Joaquín; Reseña: “Verónica Valdivia Ortiz de Zárate: El golpe después del golpe. Leigh vs Pinochet, 1960-1980, Santiago, LOM Ediciones, 259 páginas”. Revista *Historia*, del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005. <http://revistahistoria.uc.cl/resenas/1369/>

³⁹ Véase Valdivia, Verónica; “Construction du pouvoir et régime militaire sous Augusto Pinochet”, *Vingtième siècle*, N° 105, janvier-mars, 2010. [disponible en versión original en español no publicada].

⁴⁰ Valdivia, Verónica; *El golpe después del golpe. Leigh vs Pinochet, 1960-1980*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, p. 130.

En similar planteamiento, Tomás Moulian⁴¹, sostiene que la dictadura chilena experimentó dos fases durante su desarrollo, la primera será la “fase terrorista” (1973-1980) y la segunda, la “fase institucionalista” (1980-1990). En la primera fase sería primordial el papel de la DSN en relación a la actividad represiva de tortura y desaparición, mientras que la segunda etapa tendría su fundamento en la Constitución Política de 1980. Más allá de las diversas posturas, periodizaciones o ponderaciones sobre el papel de la DSN, lo que a mí me parece importante de precisar, es el entendimiento de la DSN como una doctrina que opera más allá de lo represivo y que independiente del momento en que inicia y termina su periplo intervencionista en Chile, suscita reflexiones importantes a la hora de comprender nuestra historia reciente, por lo que su estudio debe ir más allá del mero justificativo del golpe de Estado y del terrorismo de Estado que muchos han enclaustrado a la temporalidad específica de la última dictadura.

Ideas finales.

En resumidas cuentas, creo que el papel que jugó el imperialismo norteamericano y la Doctrina de Seguridad Nacional debe ser entendido como una intervención que operó sobre circunstancias internas, con factores desestabilizadores previos a las operaciones geopolíticas de la DSN. Por lo que su responsabilidad pasa por promover y profundizar aquellos fenómenos internos que confluyeron en la coyuntura chilena de los setenta. Pese a no estar garantizado el desarrollo y el éxito de la DSN en el país, producto de esta indeterminación histórica a la cual se hizo mención anteriormente, entre el proyecto inicial del golpe y el periodo de la dictadura, creo que más allá de los diferentes posicionamientos y ponderaciones en relación al papel que jugó la DSN en Chile, en definitiva, el objetivo primordial que tenía Estados Unidos de resguardar su zona hegemónica (occidente), de la amenaza comunista, ha sido exitoso en el sentido que el sistema neoliberal impuesto a sangre y fuego en los ‘80 ha sido imposible de erradicar luego de un largo periodo transicional post-dictadura, en el que además, se administró y perfeccionó la herencia dictatorial. No puedo afirmar banalmente que el Chile de los ‘90 y 2000 no es más que la continuación de Pinochet, puesto que en la historia nada se repite, pero cuando el diagnóstico evidencia síntomas que persisten a lo largo del tiempo hay que poner cuidado. A la luz de los hechos, hoy es indiscutible que la dictadura chilena modificó patrones fundamentales en la relación Estado-Sociedad, por lo que la refundación de la sociedad y la política chilena se manifiesta en la emergencia de una “nueva derecha” –en contraste a una decadente izquierda– en la que la hegemonía gremialista marca la pauta tanto en materia política como económica⁴². Tal sería el *shock* que produjo la dictadura, que una vez terminada esta e iniciada la “transición a la democracia”⁴³, específicamente después de 1993 (año del desencanto), al terminar el gobierno de Patricio Aylwin, en esa nueva derecha confluyen políticos, militantes y simpatizantes de la Alianza por Chile (derechistas de antiguo y nuevo cuño) como también, de la otrora Concertación de Partidos por la Democracia (hoy “Nueva Mayoría”, compuesta por socialistas, demócratas, radicales, comunistas, entre otros), pues, ambas fuerzas (por más que sigan enfrentándose

⁴¹ Moulián, Tomás; *Chile. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile, LOM-ARCIS, 1997.

⁴² Véase al respecto: Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando; Pinto, Julio; *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2006 y Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando; Pinto, Julio; Donoso, Karen; Leiva, Sebastian; *Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2008.

⁴³ “La llamada transición a la democracia puede leerse, pues, no tanto como el paso de una dictadura a una democracia, sino como una doble operación continuista: primero, por el retorno hegemónico de la vieja clase política civil y, segundo, por la consolidación conservadora del modelo neoliberal impuesto ilegítimamente por el terrorismo militar”. Véase: Salazar, Gabriel; *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Santiago de Chile, Uqbar Editores, 2012, pp. 42-43.

verbalmente desde las veredas del oficialismo u oposición) están advocadas religiosamente al mercado neoliberal hace más de veinte años, en los que no ha existido la intención o la voluntad política de cambiar el sistema ungido en 1980 y mucho menos, hacer cambios estructurales a la Constitución. En ese sentido, la celebrada estabilidad secular de las instituciones políticas (declarado orgullo nacional oficial) puede, por tanto, entenderse también como la bicentenario esterilidad y conservadurismo políticos de las “oligarquías parlamentarias” chilenas en cuanto a representar fielmente la voluntad soberana del pueblo y realizar con eficiencia la endémica demanda por desarrollo, justicia y participación.⁴⁴ Otro análisis en semejante perspectiva y que por ningún motivo intenta culpabilizar a compañeros honestos que lucharon y dieron la vida por construir una sociedad sin clases, sostiene que los elementos que ayer fueron parte de un proyecto con pretensión revolucionaria, de aquella izquierda que se equiparaba a los intereses de la clase trabajadora, hoy son parte de esa izquierda que le preocupan los “pobres” y que su práctica nos recuerda a la máxima del despotismo ilustrado, “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”.⁴⁵ Es en este punto donde considero que se refleja el éxito que tuvo la injerencia norteamericana en Chile, entendido como país laboratorio y que por resultado (por más incierto que este haya sido) obtuvo una clase política que rinde culto al libre mercado y pleitesía a Wall Street.

Pero por otra parte, vastos sectores populares se niegan a vivir bajo el dominio hegemónico del poder estatal, de la clase política civil y de la institucionalidad en general, por ello afrontan diversas búsquedas y posturas que hagan valer aquella “contrahegemonía” o “hegemonía alternativa” de la que nos hablaba Gramsci. Es aquí donde están puestas las esperanzas, es aquí donde se han de encauzar las fuerzas de cambio, precisamente en las grandes alamedas y no en la Moneda. Y es que, los “actores sociales” han dejado de ser masa clientelizada, ya desde los ochenta viven un proceso de “empoderamiento” (*empowerment*) que sigue por el sendero del “poder popular”. Puesto que a diferencia de lo que muchos podrían pensar, el terrorismo de Estado o en palabras de Salazar, el terrorismo militar, *no destruyó –tampoco podía hacerlo- las raíces históricas y los fundamentos socioculturales del poder popular*, más bien aceleró su desarrollo y potenció su capacidad incorporando nuevos tipos de organizaciones “sociocráticas”⁴⁶.

⁴⁴ Salazar, op.cit., pp. 24-26.

⁴⁵ Link, Sebastián; “La imposibilidad de una vía pacífica al socialismo y la necesidad de un análisis en términos de fuerzas sociales”, *LA FRAGUA*, Columna N°4. Véase en: http://www.proyectofragua.cl/fragua/?page_id=555#

⁴⁶ Salazar, op.cit., pp. 37-46 (las cursivas son del autor).